

cunstancias en que se hallaba la provincia de Suabia. Sobre el recibimiento que le habían hecho estos príncipes, y las grandes facilidades que le habían dado, se muestra el harto optimista Nuncio extraordinariamente satisfecho en sus relaciones; en todas partes halló que se tenía una opinión muy ventajosa de Paulo III, y que su propia misión en el negocio del Concilio y su manera de proceder ejercían un influjo beneficioso (1).

No poco confirmó á Vergerio en sus esperanzas acerca del éxito favorable de su nunciatura, el recibimiento, contra toda expectación muy amistoso, que se le dispensó en Ratisbona y Augsburgo. Por más que aquellas ciudades imperiales hubieran abrazado casi enteramente el protestantismo (pues en Ratisbona sólo veinte personas asistían ya á los actos del culto católico), el Consejo recibió al representante del Papa con todos los honores correspondientes, y para darle la bienvenida, le enviaron vino y pescados, según la costumbre. En Ratisbona se presentaron algunos señores del Consejo para saludar al Nuncio, y le acompañaron durante la comida. En esta ocasión procuraron afanosamente enterarse de si el nuevo Papa pensaba con efecto convocar el Concilio; y como Vergerio contestara á esta pregunta afirmativamente, levantaron ellos las manos al cielo, dando gracias á Dios y elogiaron á Paulo III. Algunos de los señores del Consejo no hicieron un secreto del estado de perturbación en que se hallaban sus conciencias, insistiendo en lo mucho que anhelaban una resolución de las cuestiones religiosas (2). Otro tanto experimentó Vergerio en Augsburgo. No sin temor de hostilidad por parte del pueblo, había entrado en aquella ciudad, en la cual no se podía celebrar la misa sin peligro de la vida; por lo cual fué tanto mayor su asombro cuando se vió saludado honoríficamente, no sólo por el Consejo, sino también por el pueblo. Por esta razón creyó que, después de haberse anunciado el Concilio, procederían con más reserva en la introducción de novedades religiosas (3). En una carta dirigida á Fernando I desde Neuburg, á 16 de Mayo, manifestaba la esperanza de poder persuadir gradualmente de la

(1) Carta de Vergerio á Ricalcati de 17 de Mayo de 1535, existente en las Nuntiaturberichte, I, 386 s.

(2) Carta de Vergerio á Ricalcati de 10 de Mayo de 1535, existente en las Nuntiaturberichte, I, 375 s.

(3) Carta de Vergerio á Ricalcati de 19 de Mayo de 1535, existente en las Nuntiaturberichte, I, 390, 391, 394; cf. 402.

sinceridad de los planes del Papa respecto del Concilio, á los que desconfiaban por haber sido tantas veces engañados; y al propio tiempo le rogaba que le notificase la resolución imperial tan luego como la recibiera; pues esto era urgentemente necesario para el ulterior desarrollo de su misión (1). Dicha resolución la recibió Vergerio en carta de Fernando de 21 de Mayo (2), y á la verdad su tenor no era tal que con ella se adelantara algo en interés del asunto; pues Carlos I hacía decir, que no quería resolverse por ningún determinado lugar, sino dejar la elección y la resolución definitiva á los príncipes electores y á los demás príncipes del Imperio, y que aceptaría cualquiera sitio que los Estados del Imperio eligieran unánimemente. Poco antes se había tenido noticia en Roma, por medio del Nuncio en España, de que el Emperador aceptaba la ciudad de Mantua (3).

Habiendo regresado á Munich á fines de Mayo, después de visitar las provincias de Baviera, Franconia y Suabia, encontró allí Vergerio nuevas y muy serias dificultades (4), las cuales nacían del Canciller Leonardo von Eck, y tenían por fundamento la política antiimperial de aquel hombre ducho en los negocios. Durante la ausencia del Nuncio, había presentado Eck un nuevo proyecto, y persuadido al duque Guillermo á que lo admitiera. Conforme á él, el Papa y el Emperador debían entenderse sencillamente entre sí, sin investigar más el parecer de los príncipes alemanes acerca de la celebración del Concilio. Paulo III había de hacerse dar primero por Carlos V certidumbre de que ejecutaría rigurosamente las resoluciones del Sínodo; «aunque fuera contra toda la nación alemana, y si hubiera necesidad de ello, con poderosos ejércitos». Cuando el Papa estuviera certificado de esto, debía elegir y determinar como lugar del Concilio la ciudad de Italia que le pluguiese, por sí y sin ulteriores negociaciones con los príncipes electores ni otras personas de Alemania; anunciar inmediatamente el Sínodo, y proceder poco después á su apertura,

(1) Nuntiaturberichte, I, 383 s.

(2) Ibid., 396 s.

(3) Esto lo escribió Ricalcati á Vergerio el 13 de Mayo de 1535; Nuntiaturberichte, I, 379. Cf. la carta de Vergerio á Ricalcati, *ibid.*, 412 s.

(4) Carta de Vergerio á Lang, cardenal de Salzburgo, de 28 de Mayo de 1535, existente en las Nuntiaturberichte, I, 399-402. Carta del mismo á Ricalcati, de 30 de Mayo de 1535, existente *ibid.*, 402-405; también se halla en Laemmer, Mon. Vat. 175-177. Cf. Janssen-Pastor, III¹⁸, 378 s.

aun sin los alemanes, en caso que éstos no quisieran comparecer por sola su promulgación. Mas entonces se los debía obligar con poderosa mano á conformarse con las resoluciones del Concilio. Vergerio hizo notar la imposibilidad de realizar tales proyectos, pero apenas logró apartar de su parecer al Duque. Por lo demás, el Nuncio penetró las intenciones del Canciller Eck, conociendo bien que éste hacía tan duras propuestas, no por celo de la católica fe, como pretendía se creyese, sino por efecto de antiguas rivalidades entre Baviera y Austria, sólo por odio contra los Habsburgo; pretendía que el Emperador se pusiera en contradicción con toda Alemania en el negocio del Concilio, creándole con esto una difícil y peligrosa situación. Y desde entonces no se habló tampoco de celebrar una Dieta bávara sobre el asunto del Concilio, como antes había hecho esperar el duque Guillermo.

A 6 de Junio regresó Vergerio á Viena, donde, antes de continuar su viaje por el Imperio, confiaba obtener una aclaración sobre la actitud del Emperador en la cuestión del lugar del Concilio, y quería conferir con el Rey y sus Consejeros sobre la manera de disponer sus viajes ulteriores (1). No se descuidó Vergerio en exponer al rey Don Fernando (2), que sería sumamente peligroso haber de declarar que Carlos V no se había decidido por ningún sitio determinado, sino dejaba la elección de él á los príncipes: esto solamente podría conducir á un Sínodo nacional, ó por lo menos, á la elección como lugar del Concilio de una ciudad alemana, cosa peligrosa para la causa de la Iglesia.

En una nota que entregó antes del 23 de Junio de 1535 (3), exponía Vergerio urgentemente al Rey de romanos la necesidad de que se le diera, para continuar su viaje, un escrito de Fernando I á todos los príncipes y ciudades del Imperio, sobre haberse llegado á una inteligencia entre el Emperador, el Rey y el Papa respecto de Mantua; pero con todo eso esperó en vano una declaración semejante. En las ulteriores negociaciones celebradas en la Corte acerca de la manera cómo habría de proceder en adelante (4), se le indicó que se contentase por de pronto con propo-

(1) Cf. Nuntiaturberichte, I, 26.

(2) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Viena en 18 de Junio de 1535 y existente en las Nuntiaturberichte, I, 421 ss.

(3) Nuntiaturberichte, I, 424-426.

(4) El da cuenta de eso en su carta dirigida á Roma el 23 de Junio, Nuntiaturberichte, I, 426-428.

ner á los príncipes solamente lo que Paulo III le había ordenado; y cuando fuera interrogado expresamente acerca de la opinión del Emperador y del Rey sobre el lugar del Concilio, debía decir: «que creía que Sus Majestades no se desviarían de la voluntad del Papa». En un escrito del mismo día 23 de Junio, exponía Vergerio al Secretario particular del Papa, Ricalcati, las graves dificultades que se le ofrecían contra semejante modo de proceder: con una explicación de tal índole no podría alcanzar cosa alguna en interés del Concilio, ni siquiera cerca de los príncipes de sentimientos enteramente católicos, al paso que tendría con los protestantes un resultado evidentemente pernicioso para la causa del Concilio y el prestigio de la Sede Apostólica. Lo peor y más peligroso sería que se dejaran entonces adormecer de nuevo las negociaciones comenzadas en orden al Concilio; antes al contrario, era menester que se mantuvieran vivamente para manifestar, por lo menos, que ninguna cosa quedaba por hacer de parte del Papa. Por esta razón continuaría él asimismo sus negociaciones, bien que limitándose por de pronto á visitar á los príncipes católicos. Entretanto convenía que Paulo III se esforzara por alcanzar de Carlos V una declaración precisa en favor de Mantua; con esta declaración en la mano, obtendría el Nuncio inmediatamente la aquiescencia del rey Don Fernando y de todos los príncipes católicos de Alemania, y podría luego, sobre esta firme base, acometer también las negociaciones con los protestantes. Pero no convenía á la política del Emperador, ocupado á la sazón en su empresa contra Túnez, dar entonces una declaración semejante, que podría crearle dificultades en Alemania.

Desde Roma escribía Ricalcati á Vergerio, á 23 de Julio de 1535 (1), que Paulo III se maravillaba viendo que Carlos V, que ya antes le había manifestado su consentimiento respecto de Mantua, difriese ahora declararse en el mismo sentido con los alemanes. El Nuncio no debía acceder por ningún caso á dejar á los príncipes alemanes la elección del sitio del Concilio. Por lo demás, el Papa, animado del celo más vivo y sincero por la pronta reunión del Concilio, exhortaba al Nuncio á que continuase haciendo todo lo posible para llevar adelante aquel negocio. A 29 de Julio hacía escribir de nuevo Paulo III á Juan Guidiccioni, su

(1) Nuntiaturberichte, I, 448 s.

representante al lado de Carlos V (1), que procurase mover al Emperador á una determinada declaración en favor de Mantua, respecto de su hermano y de la Nación alemana. Entretanto se dejaba libertad de acción á Vergerio, puesto que conocía las intenciones del Papa y su firme voluntad de llevar al cabo la congregación del Concilio; solamente se le prevenía de nuevo, que no se dejase arrastrar á concesiones peligrosas en lo tocante al lugar, pues no se debía pensar en celebrarlo en alguna ciudad fuera de Italia (2).

Ya entonces, á 19 de Julio, había emprendido Vergerio desde Viena su segundo viaje por el Imperio. Conforme á las últimas negociaciones con el Rey de romanos, quería continuar su camino lentamente, mientras esperaba la respuesta imperial de nuevo solicitada por Don Fernando, visitando por de pronto sólo á los príncipes católicos y ante todo al obispo de Bamberg, cabeza de la provincia de Franconia, y al príncipe elector del Palatinado (3). En sus relaciones pone, como siempre, de relieve su propio celo en el asunto, y acentúa al mismo tiempo las ventajas que resultarían para el Emperador y el rey Fernando, cabalmente en los momentos actuales, de tomar con empeño la causa del Concilio, de suerte que el Papa obligaría particularmente á los príncipes, favoreciendo resueltamente este negocio (4). En Ratisbona encontró Vergerio á los condes palatinos Felipe y Federico, los cuales le invitaron á asistir en Heidelberg, el 15 de Diciembre, á la boda del segundo, y le dieron personalmente escolta en lo que restaba de viaje (5). Ambos príncipes prometieron dar á conocer su celo por el Concilio, en muy reverentes escritos dirigidos al Papa (6); y si ya esto llenó por de pronto al Nuncio de grande alegría, todavía crecieron más sus esperanzas por el recibimiento,

(1) *Ibid.*, 462, nota. Ehses, IV, cxxiii. Cf. la carta de Ricalcati á Vergerio de 31 de Julio de 1535, existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 462.

(2) *Ibid.*, 463.

(3) *Nuntiaturberichte*, I, 453-456.

(4) *Ibid.*, 455. Sobre la memoria que Juan Haner entregó á Vergerio en Bamberg, v. Ehses en el suplemento científico de *Germania*, 1907, n.º 48.

(5) Carta de Vergerio á Ricalcati escrita desde Neumarkt, el 2 de Agosto de 1535 y existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 464 s.; también se halla en *Hefele-Hergentröther*, IX, 942-944.

(6) Estas cartas, fechadas el 4 y 6 de Agosto de 1535, han sido publicadas por Ehses, IV, cxii ss. Vergerio las envió á Roma el 7 de Agosto; v. *Nuntiaturberichte*, I, 471.

en sumo grado honroso, que le dispensó el luterano marqués Jorge de Brandeburgo.

Conforme á su programa de no tratar por el momento sino con los Estados católicos del Imperio, no había pensado Vergerio al principio en visitar á dicho príncipe; mas habiéndose enterado en Nuremberg, de que Ansbach, residencia de Jorge, no distaba más de ocho millas, comenzó á pensar si el Marqués, tan influyente por sus relaciones, llevaría muy á mal que dejara de visitarle; principalmente no pudiendo el Nuncio dejar de tocar en sus dominios. Por estas razones Vergerio se resolvió súbitamente, el 3 de Agosto, a visitar á Jorge en su residencia. El Marqués le envió en seguida una honrosa escolta, é invitó á hospedarse en su castillo. En la misma Ansbach fué recibido Vergerio con las mayores demostraciones de alegría, y durante los dos días que permaneció allí, su huésped no se hartó de prodigarle todo género de atenciones. En sus negociaciones sobre la cuestión del Concilio, mostró el Marqués buena voluntad y gran condescendencia, declarando ciertamente que las anteriores resoluciones de la Dieta imperial se oponían á la celebración de un concilio fuera de Alemania; pero prometiendo influir por su parte en los demás miembros de la Liga schmalkáldica, sin la cual él mismo nada podía prometer por sí, en un sentido conforme á los deseos de Paulo III y Carlos V. Las resoluciones de la Dieta imperial que se oponían á la celebración de un Concilio en Italia, podían de nuevo ser derogadas por los príncipes; y en todo caso, era muy bueno que el Papa se hubiera decidido á hacer que, antes de fijar un sitio determinado, se tratara de ello con los príncipes, como entonces se hacía; al paso que, de haber seguido la opinión del Canciller de Baviera, Eck, se hubiera levantado en Alemania una violenta oposición contra el Papa y el Emperador. Tampoco tenía Jorge nada que objetar contra que se guardaran en el Concilio las formas antiguas; y Vergerio alcanzó la persuasión de que se esforzaría por hacer que asimismo los demás protestantes desistieran en este punto trascendental de proponer nuevas exigencias. A las declaraciones orales del Marqués, correspondió un escrito para el Papa de 4 de Agosto, que el mismo entregó al Nuncio, el cual estaba concebido en las más sumisas expresiones, y manifestaba la esperanza de que el Concilio en proyecto acabaría con la discordia en la Iglesia y volvería á restablecer la

unidad, para lo cual estaba él resuelto á trabajar todo lo posible (1). Vergerio creyó no poderse poner en duda, que no se trataba allí solamente de buenas palabras: pues al Marqués se le saltaron las lágrimas cuando el Nuncio le llamó la atención sobre la responsabilidad que sobre sí había cargado, al introducir las nuevas doctrinas, por lo que afectaba á la salud de las almas de sus vasallos. Disculpóse de las innovaciones realizadas, con los deseos del pueblo y el ejemplo de otros Estados, insistiendo en que todo aquello debía durar solamente hasta el Concilio. Al despedirse añadió Jorge: «Quisiera yo mucho que el buen Papa hubiera visto por sí mismo las pocas muestras de mi rendimiento que os he podido dar en estos dos días; pues entonces pudiera esperar que Su Santidad me tendría por servidor suyo. Encomendadme mucho á él, y declaradle que estoy enteramente á su disposición» (2).

Con todo eso fácilmente se entiende que Vergerio concibiera nuevas esperanzas acerca del buen éxito de su misión por lo referente al Concilio y á la solemne reconciliación de los disidentes (3). Entonces le pareció asimismo conveniente visitar también la protestante ciudad de Nuremberg, en la cual encontró parecido recibimiento amistoso. A sus proposiciones referentes á la cuestión del Concilio, respondió el Consejo, que no dejaría de apoyar una asamblea semejante, con tal que se celebrara con la aquiescencia del Emperador y del Rey de romanos (4).

El obispo de Bamberg, Wigand von Redwitz, á quien Vergerio entregó dos breves, uno personalmente para él, y otro para la provincia de Franconia, declaró estar conforme con Mantua ó con cualquiera otro sitio acerca del cual se pusiera el Papa de acuerdo con el Emperador y el rey Don Fernando (5). También

(1) Esta carta enviada á Roma el 7 de Agosto por Vergerio, junto con las cartas de los condes palatinos arriba mencionadas; se halla impresa en las *Nuntiaturberichte*, I, 472, nota.

(2) Vergerio cuenta minuciosamente su recibimiento y sus negociaciones, como también las expresiones que pronunció el margrave en esta ocasión, en sus cartas á Ricalcati de 7 y 9 de Agosto de 1535, que se hallan en las *Nuntiaturberichte*, I, 468-471, 474-477.

(3) V. *Nuntiaturberichte*, I, 477, 480 s.; v. *ibid.*, 482 s. la carta de Vida.

(4) V. *Nuntiaturberichte*, I, 478 ss.

(5) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Bamberg el 9 de Agosto de 1535, y existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 479 s. La carta del obispo Wigand al Papa, de 11 de Agosto, se halla en extracto en *Ehse* IV, cxiii; cf. *Nuntiaturberichte*, I, 480.

el obispo de Wurzburg, Conrado von Thüngen, se expresó en el mismo sentido, á pesar de las dificultades que oponían sus consejeros (1).

Entretanto habían llegado á Alemania las noticias de los brillantes éxitos alcanzados en Túnez por Carlos V, y esto llenó al Nuncio de nuevas esperanzas; pues, con aquellas victorias lograba el Emperador libertad de acción respecto de los príncipes alemanes, á los cuales podría obligar á la obediencia, en caso de necesidad, por la fuerza, y no necesitaba ya andarse con aquellas consideraciones diplomáticas que explicaban hasta ahora su actitud evasiva en la cuestión del lugar en que se celebraría el Concilio. El Papa, opinaba Vergerio (2), debía aprovechar la coyuntura de las presentes circunstancias favorables, y exhortar á Carlos V á hacer valer su autoridad desde entonces más enérgicamente. Si el Emperador hiciera esto, por lo menos hasta cierto punto, había á la sazón las mayores probabilidades de que el Concilio se reuniría pronto y se celebraría pacíficamente. Pero también por parte de la Curia era necesario continuar urgiendo fervorosamente el negocio, en inmediata conformidad con lo que por medio de su misión se había conseguido; pues, si se dejaban pasar sin utilizarlos los presentes momentos favorables, produciría esto á los intereses de la Iglesia y al prestigio del Papa, un daño que nunca más se podría resarcir. Con esta ocasión reitera Vergerio su propuesta, ya antes indicada (3), de encaminarse á Roma inmediatamente después de terminado su viaje, para dar á Paulo III información de palabra, y dirigirse en todo caso desde allí á ver al Emperador, para enterarle del estado en que quedaba en Alemania la cuestión del Concilio (4).

(1) Carta de Vergerio á Ricalcati escrita desde Würzburg el 15 de Agosto de 1535, y existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 488-490. La carta del obispo al Papa, de 17 de Agosto, puede verse en *Ehse* IV, cxiii.

(2) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Würzburg el 15 de Agosto de 1535 y existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 485-488. En este sentido escribía Ricalcati al nuncio Guidiccioni en 28 de agosto de 1535; *Ehse* IV, cxiii s.

(3) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Bamberg el 9 de Agosto de 1535, y existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 480 s.

(4) Vergerio acudió también al rey Fernando (carta escrita desde Heidelberg, el 24 de Agosto de 1535, existente en las *Nuntiaturberichte*, I, 491 s.) suplicándole apoyase su demanda de que le llamasen á Roma para informar al Papa de palabra. Él mismo renueva otra vez su proposición en su carta á Ricalcati, de 26 de agosto (*ibid.* 500 s.).

Después de visitar las antiguas ciudades episcopales de Franconia, torció Vergerio su camino hacia el Rhin, pasando por Heidelberg. Lleno todavía de gozo por los buenos éxitos hasta entonces obtenidos, no sospechaba el gran desengaño que iba a sufrir. Fué causante de él el Príncipe elector Ludovico del Palatinado, el cual pasaba todavía en lo exterior por católico, pero se hallaba ya gravemente contagiado por el influjo de los protestantes. Sólo con gran dificultad pudo conseguir el Nuncio que el Príncipe elector le diera oídos (1), y finalmente, á 24 de Agosto, logró presentarse á él y declararle su pretensión. En la respuesta que el Príncipe elector le dió por escrito (2), daba ciertamente las gracias al Papa y alababa su celo por el Concilio, pero declaraba que las anteriores resoluciones de la Dieta imperial no le permitían aceptar como lugar para su celebración una ciudad italiana, cual era Mantua. Todavía con mucho mayor rudeza se había expresado antes, en sus negociaciones de palabra con el Nuncio, respecto de aquel punto (3), diciendo, que ni á Paulo III ni al Emperador en inteligencia con el Papa, sino á la Dieta imperial correspondía determinar el lugar para el Concilio. Vergerio, en las relaciones enviadas á Roma, hacía notar la necesidad de combatir resueltamente esta peligrosa opinión, la cual, si hallara todavía más partidarios, podría conducir á un concilio nacional. El Papa debía esforzarse por medio del Emperador, en apartar al Príncipe elector de aquel punto de vista; el mismo Vergerio procuró también hacer que influyera en él el hermano del Príncipe elector que se hallaba animado de sentimientos católicos; por lo cual escribió á éste (4) lo propio que al rey Don Fernando (5).

A vista de la actitud que tomó el primero de los príncipes electores seculares, fué muy satisfactorio para Vergerio el recibir entonces respuestas favorables de una serie de otros príncipes y prelados; así del Maestre de la Orden Teutónica Gualtero de Cronberg, á quien Vergerio había visitado en su residencia de

(1) Nuntiaturberichte I, 493 s., nota.

(2) Ibid. 493-495. Cf. Ehses IV, c. cxiv.

(3) Cf. las relaciones de Vergerio á Ricalcati, escritas desde Heidelberg el 24 de Agosto, y desde Espira el 26 de Agosto de 1535 (Nuntiaturberichte I, 495 ss.) y su carta al rey Fernando, escrita desde Espira, el 26 de Agosto (ibid. 501-503).

(4) Cf. Nuntiaturberichte I, 500.

(5) Ibid 503.

Mergentheim (1); luego del obispo de Espira, Felipe de Flersheim (2); del obispo Enrique de Worms, conde palatino del Rhin (3); del marqués Juan Alberto de Brandenburgo, coadjutor de Magdeburgo y Halsberstad, como Gobernador del ausente cardenal de Maguncia (4); del príncipe elector de Tréveris, Juan de Metzenhausen (5), y del cardenal de Lieja, Everardo de la Marca (6). Este último manifestó, que tenía el Concilio en opinión de un remedio muy peligroso en todo caso; pero que, por el estado actual de las cosas, había venido á ser imprescindible necesario; aprobaba enteramente la manera como se había procedido hasta entonces, y al propio tiempo se declaraba también en favor de Mantua, como lugar muy apropiado para el Concilio. El duque Juan de Cleves, á quien visitó Vergerio en Düsseldorf, mostró, á la verdad, por respeto á su alianza con Francia, mayor reserva en su respuesta; pero, no obstante, su conducta fué tal, que no parecía dar motivo alguno de grave solicitud (7). Al duque de Güeldres no pudo hablarle personalmente el Nuncio, porque tropas de soldados hacían inseguro el país en torno de Münster; por lo cual se dirigió á aquel príncipe por escrito (8). El príncipe elector Hermann von Wied, á quien encontró Vergerio en Paderborn, después de haber esperado inútilmente en Colonia á que regresara de Wesfalia, mostró asimismo, contra lo que se esperaba, muy satisfactoria acogida tocante á la cuestión del Concilio (9).

(1) Sobre su respuesta al Papa, de 20 de Agosto de 1535, cf. Nuntiaturberichte I, 490 nota.

(2) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Espira, el 27 de Agosto de 1535, existente en las Nuntiaturberichte I, 503 s. La respuesta del obispo al Papa, de 28 de Agosto, está ibid., 504 nota.

(3) Carta de Vergerio á Ricalcati escrita desde Worms, el 29 de Agosto de 1535, y existente en las Nuntiaturberichte, I, 505.

(4) Carta de Vergerio á Ricalcati escrita desde Maguncia el 4 de Septiembre de 1535, y existente en las Nuntiaturberichte I, 508 s.

(5) Carta de Vergerio á Ricalcati escrita desde Coblenza el 7 (12?) de Septiembre de 1535, y existente en las Nuntiaturberichte, I, 513.

(6) Carta de Vergerio á Ricalcati de 24 de Septiembre de 1535, existente en las Nuntiaturberichte, I, 516-519; escrita probablemente desde Huy (Vergerio escribe Hovi); cf. Ehses IV, cxiv, not. 9.

(7) Carta de Vergerio á Ricalcati de 15 de Octubre de 1535, existente en las Nuntiaturberichte, I, 525 s.

(8) La carta, fechada en Essen, á 18 de Octubre de 1535, se halla en las Nuntiaturberichte I, 527 s.

(9) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Paderborn el 22 de Octubre

De esta suerte el curso que había tenido hasta aquí el viaje del Nuncio, después de haber visitado á los más de los príncipes católicos, sin que entre ellos tomara una actitud hostil más que el del Palatinado, parecía justificar las más risueñas esperanzas, como Vergerio, que se esforzaba siempre por hacer resaltar lo más posible sus propios merecimientos, había hecho que escribiera también al Papa Federico Náusea (1).

Pero faltábale todavía al Nuncio la más difícil parte de su misión. En un viaje de seis días (muy penoso por haber sobrevenido la estación fría), desde Paderborn á Halle, donde estaba el cardenal Alberto de Maguncia, tuvo ocasión de conocer, con peligro de su propia persona, los hostiles sentimientos de la población protestante (2). Satisfecho de sus negociaciones con el cardenal (3), se dirigió desde Halle á Berlín á ver al príncipe elector Joaquín II, á quien Alberto había podido retener, para que no abrazara el Luteranismo, sólo alegando el Concilio que entonces iba ciertamente á celebrarse (4). Tanto fué, pues, mayor la satisfacción de Vergerio cuando aun este príncipe mostró su buena disposición. Verdad es que la respuesta escrita de Joaquín contenía diversas reservas; presuponiendo que el Emperador y el Papa hubieran convenido en elegir á Mantua, se declaraba conforme con esta ciudad, y daba esperanzas de que admitiría las conclusiones del Concilio, en cuanto no se apartaran de la Palabra divina y del Evangelio (5).

En su camino desde Halle á Berlín, pasó Vergerio por los dominios del príncipe elector Juan Federico de Sajonia, que se hallaba á la sazón en Viena; y el peligro de atravesar por aquel país enteramente luterano, aumentóse todavía más por haberse declarado la peste. Á pesar de todo no se detuvo el Nuncio, bien que, para evitar el contagio, no se alojó en ninguna de las aldeas, sino en Witenberg, donde, con extrañeza suya, le hizo un reci-

de 1535, existente en las Nuntiaturberichte I, 528 s., cf. 532. La respuesta del elector al Papa de 22 de Octubre se halla *ibid.* 529 nota.

(1) Carta escrita desde Maguncia el 7 de Septiembre de 1535, existente en las Nuntiaturberichte I, 511 s.

(2) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Halle el 3 de Noviembre de 1535, existente en las Nuntiaturberichten I, 533 ss.

(3) Carta de Vergerio á Ricalcati, escrita desde Halle, el 5 de Noviembre de 1535, existente en las Nuntiaturberichten I, 535 s.

(4) Nuntiaturberichte I, 534, 536.

(5) *Ibid.* 537 s.

bimiento por demás afable el Capitán del principado electoral, Hans Metzsch. Por habitación señalósele el castillo del Príncipe elector, donde tuvo asimismo ocasión de presenciar en la capilla el culto luterano. Según escribía Vergerio á Roma, se le habían tributado allí todas las manifestaciones de respeto que correspondían á un Nuncio, como en los buenos tiempos antiguos. Metzsch y otros funcionarios, extendiéronse en grandes y encomiásticos elogios del Papa, que se mostraba tan favorable al Concilio; y esta conducta de los mayores adversarios de la Santa Sede proporcionó á Vergerio consuelo y esperanzas. El Nuncio se confirmó en su opinión, que la convocación de una asamblea general de la Iglesia restaría á los protestantes muchos partidarios, por la entrevista que tuvo en el palacio del Príncipe elector con el primer causante de la división religiosa de Alemania. Lutero, que se presentó acompañado de Bugenhagen, se había puesto sus mejores vestidos, colgándose al cuello una cadena de oro, y héchose afeitar cuidadosamente y peinar el cabello; pues, como dijo á su asombrado barbero, convenía que pareciera joven al enviado del Papa, para que éste entendiera que podía aún hacer muchas cosas; y efectivamente, consiguió su fin; pues Vergerio observa, en su relación enviada á Roma, que Lutero estaba tan fuerte que, aun cuando tenía ya cincuenta años, no parecía tener más de cuarenta. Lo primero (continúa refiriendo Vergerio) que me preguntó cuando yo callé, fué si había llegado á mis oídos en Italia, el rumor que corría de él: que era un borracho alemán. En el resto de su conversación se alabó Lutero de su enlace con Catalina Bora, y defendió la ordenación hecha por su propia autoridad de sacerdotes de su partido. Vergerio escuchó todas sus provocativas observaciones con gran dominio de sí, no contestándole sino alguna que otra vez con muy pocas palabras; pero su reserva tuvo finalmente término cuando Lutero declaró: «A nosotros el Espíritu Santo nos certifica todas las cosas; por lo cual no tenemos ninguna necesidad de Concilio; pero la Cristiandad lo necesita para reconocer los errores en que ha permanecido tanto tiempo.» Como Vergerio reprendiera esta arrogancia y le preguntara, si creía acaso Lutero, que la Asamblea universal de la Iglesia, reunida bajo la asistencia del Espíritu Santo, no habría de resolver sino aquello que él tuviese por bueno; interrumpióle su adversario con estas palabras: «Yo